

Juan Manuel Fernández
Chico1



Ken Goffman,
La contracultura a
través de los tiempos:
de Abraham al Acide
House. Anagrama,
Barcelona 2005, 523
pp.

Desde el título sabemos que es un libro demasiado ambicioso, pues abarcar la historia desde *Abraham* hasta el *Acide House* en 500 páginas no merece otro nombre. Y es que el problema con un proyecto como el que se plantea Ken Goffman es terminar en una manipulación mal intencionada de la historia para que se acomode a un libro que sólo mide treinta por doce centímetros.

En la definición de contracultura, de lo

que es un prólogo póstumo, la aportación del gurú psicodélico de los años 60 (que en su momento fuera el hombre más peligroso de América según Richard Nixon), Timothy Leary, se vuelve una tenue luz en la ambigüedad del libro. Probablemente sea por su experiencia como el símbolo que fue de la misma contracultura y, conociéndola, es precavido al momento de decir:

[...] tomando prestado el lenguaje del premio Nóbel de Física Ilya Prigogine, la contracultura es el equivalente cultural del tercer estado termodinámico, la región no-lineal en la que el equilibrio y la simetría han dado paso a una complejidad tan intensa que a la vista parece un caos.

En materia del libro, Goffman inicia su recorrido con el mito de Prometeo. Como dice el mismo autor, es el indicio de contracultura al interpretarse el robo del fuego a los dioses

como la piratería informática en el ciberespacio de los *hackers*. Pero Goffman contraponen a Prometeo con Abraham (padre de la tradición judía-cristiana-islámica) como un mito contracultural orgánico, antiurbano, ecologista, que desciende en los movimientos *hippies*, orientalistas y *new age*. Estos dos mitos acompañarán a cada acto contracultural funcionando como categorías arquetípicas.

Continuando en el aventurado libro con el capítulo más largo y posiblemente menos lógico, nos encontramos con movimientos sociales y personajes históricos dispares medidos bajo el lente de la contracultura. El taoísmo y el zen, para el autor, parecen tener la misma intención, al igual que la Ilustración o Sócrates. Todo centrado en tres puntos que define Goffman: individualidad, desafío a la autoridad y el cambio individual y social. En su intención de interpretar la historia desde la Grecia clásica hasta el París de 1940

como un continuo choque entre grupos que se rebelan ante la cultura dominante, el autor cae en sutiles arbitrariedades. Se introduce bajo temas complejos simplificándolos hasta un punto en el que parece que no tuvieron ese impacto que otros libros especializados nos habían dicho, como es el caso de la Ilustración.

Pero es en la última parte donde nos encontramos con un Goffman reconocible. Conoce el tema y lo demuestra. En estas páginas se aleja de la idea de una "contracultura a través de los tiempos" y se centra en los movimientos a partir de los años 60 en Estados Unidos, iniciando con el jazz, los *beats* y los *hippies*. Aunque sigue siendo ambicioso, pues las 200 páginas restantes son considerablemente menos que las 600 de Ann Charters en su libro *The Portable Sixties Reader* o las 350 de John Leland en el libro *Hip: the History*, es esta parte de la historia (y del mundo) en la que el autor más

profundiza. Y luego nos lleva por los barrios neoyorquinos de la *factory* en los años 70, a las tocadas infernales de los *punk* británicos y a la cultura cibernética de la que el mismo Goffman es parte (en donde se le conoce como R. U. Sirius), siempre bajo la idea de que todo eso es parte de la contracultura. Lo cual me recuerda, como escribió John Leland, que es imposible definir *hip* hasta que no reconoces algo *hip*.

El problema con el libro es que revierte su concepto de contracultura en su contra, como advierte Francisco Casavella en su artículo *Voltaire era punk, quedan avisados* (algo así como una contracontracultura). Por momentos la historia de algunos humanos, con todo lo que esto implique, pasa de ser atterradamente contracultural a simplemente cultural. Como si Goffman fuera el André Breton de la contracultura que, por medio de un movimiento de su dedo, mueve a un Jack Kerouac rebelde y sin-

vergüenza al cajón de los aburridos.

Aunque coincido con Casavella en que el libro es arbitrario, *entonces por qué yo no*, y que una página de *Rastros de carmín*, de Greil Marcus; o la que fuese, de Osvaldo Bayer, equivale a las 500 páginas de Goffman, su intento de repensar la historia desde una postura diferente y conceptuar la contracultura es respetable. Lo mejor hubiera sido que no fueran 500 páginas sino 2 mil, o simplemente, que alguien más lo hubiera escrito. Pero en las letras impresas, el hubiera es imposible. Por eso Ken Goffman es víctima de sí mismo y de la frase del *yuppi* Jerry Rubin: *no confíes en nadie que tenga más de 30 años* y, bueno, Goffman nació en 1953.

¹ Alumno del Programa de Sociología.